

## El propósito de Dios para la familia

### 1. ¿Cuál es la importancia de la familia?

Erase una vez, dos peces jóvenes que se encontraban nadando juntos, cuando de repente se toparon con un pez más viejo nadando en sentido contrario. Él los saludó y dijo: «Buen día chicos, ¿cómo está el agua?». Los dos peces jóvenes siguieron nadando un rato, hasta que eventualmente uno de ellos miró al otro y preguntó: «¿Qué es el agua?». El punto de la historia es que las realidades importantes más obvias son a menudo aquellas que son más difíciles de ver y articular. Como lo expresa George Orwell: «Ver lo que está frente a nuestras narices es una lucha constante». Esto es ciertamente una verdad bíblica. El libro de Proverbios nos dice que la sabiduría debe ser «□ buscada □ como a tesoros» (Pr. 2:4), aunque ella «clama» «en las alturas» y «a las encrucijadas de las veredas» (Pr. 8:1-3). En esta clase, veremos que la familia es un tesoro escondido a simple vista.

Para ello, estudiaremos la conexión entre el matrimonio (que se abordó en el último seminario básico) y la paternidad, y luego veremos los propósitos de Dios al establecer a las familias.

#### A. Tres visiones del mundo.

Podríamos dar un vistazo al mundo y escucharíamos de algunas personas que tener hijos es, quizá un medio ideal, pero opcional, para que las personas casadas se sientan realizadas. Esta es la visión de los hijos como ídolos. Otros (incluso algunos dentro de la iglesia) dirían que tener hijos es importante porque las familias son la base de una sociedad civilizada o el pilar de la iglesia. Esta es la visión de los hijos como herramientas. Y aún otros (de nuevo, incluso algunos dentro de la iglesia) dirían (o al menos pensarían) que tener hijos no es tan importante, y que, de hecho, puede mostrar falta de ambición y ser una limitante para tener éxito o servir con excelencia. Esta es la visión de los hijos como un obstáculo.

## B. La visión de Dios.

No queremos simplemente desechar estas ideas sin pensarlo dos veces, en cambio, realmente queremos ver cuidadosamente lo que Dios dice. Obviamente no podemos abordar todos los propósitos de Dios para la familia en una sola clase. Sin embargo, pienso que podemos establecer esto: La Escritura enseña que el propósito principal de la familia es nada menos que presentar al mundo entero una serie de tres imágenes: la naturaleza trina de Dios, el evangelio y la iglesia. En la familia, Dios ha implantado retratos de él, de su plan de salvación y de su pueblo redimido.

¿Dónde encontramos este propósito en la Biblia? Bueno, necesitamos empezar con la conexión bíblica entre el matrimonio y tener hijos. Observa una de las primeras cosas que Dios hace por Adán. Él crea una ayudante adecuada para él, Eva. Luego, observa el primer mandamiento que Dios le da a esta nueva unidad familiar: sean fructíferos y multiplíquense (Gn. 1:28). ¡Tengan hijos! Y esto no era simplemente un decreto dado antes de la Caída. Dios le dice lo mismo a Noé después del diluvio: «Mas vosotros fructificad y multiplicaos, procread abundantemente en la tierra, y multiplicaos en ella» (Gn. 9:7).

Necesitamos aclarar: Algunos son bendecidos con el don de la soltería (1 Co. 7:7). Otros, en la misteriosa providencia de Dios, no pueden tener hijos. Para el resto de las familias, tener hijos no es algo opcional. Es un mandato.

¿Por qué Dios insiste tanto en que los humanos se reproduzcan? La respuesta se encuentra cuando consideramos que él creó a Adán y Eva a su imagen (Gn. 1:26-27). Él quiere que los portadores de su imagen se multipliquen porque quiere que su imagen sea difundida en todo el mundo. Y decidió compartir el privilegio de crear humanos hechos a su imagen y semejanza con nosotros. El teólogo Bruce Ware escribe:

«Es como si Dios dijera: Yo hice el primer y original par de seres humanos a mi imagen, y podría seguir haciéndolo unilateralmente para que no tuvieses parte en ello. Sin embargo, ahora debes traer seres humanos, debes ser fructífero, multiplicarte y llenar toda la tierra con mi más grande creación, seres humanos hechos a mi propia imagen» (Father, Son, & Holy Spirit) □Padre, Hijo y Espíritu Santo□.

Esto es extraordinario. Dios ordenó a Adán y Eva, y a nosotros portar y multiplicar su imagen en parte «por la procreación» (A. Kostenberger, God, Marriage & Family) □Dios, el matrimonio y la familia□.

¡Pero Dios no había terminado! También dio a la familia multiplicadora gran importancia en la historia de la redención. Vemos esto más inmediatamente en la familia de Abraham, cuyo linaje —cuya familia— Dios usó para mostrarnos su plan de salvación para las naciones (Gn. 26:4; cf. Gá. 3:29; 4:6-7). También vemos esto en el Nuevo Testamento, especialmente cuando Pablo muestra cómo los esposos y las esposas se asemejan a Cristo y a la iglesia (Ef. 5:22-23).

Y todavía hay más retratos implantados en la familia, retratos que reflejan, como veremos en un momento, la naturaleza del Dios trino, el evangelio y la iglesia.

C. Pero, ¿qué pasa con el pecado?

Antes de que consideremos estos retratos familiares, permíteme dar una breve (pero importante) reflexión acerca de cómo debemos ver estos hermosos retratos a la luz de los efectos del pecado en la familia.

Después de todo, tanto Satanás como nuestra cultura, e incluso nosotros en nuestros pecados, estropeamos a nuestras familias y distorsionamos su capacidad de reflejar a Dios. Podrías escuchar una enseñanza como ésta y pensar: «Mi familia podría ser un retrato de algo, ¡pero no de Dios, el evangelio o la iglesia!».

Bueno, exactamente. El hecho de que sabemos que algo está mal nos lo dice. Nuestra mala experiencia, comparada con el hermoso estándar de Dios, funciona como una foto en negativo para revelar los bosquejos del diseño de Dios. Es cierto que, como señala J.I. Packer, por el contrario, a menudo formamos una visión negativa de la familia (J.I. Packer, *Hacia el conocimiento del Dios Santo*).

Por tanto, la clave aquí no es descartar estas imágenes como inalcanzables y demasiado irrelevantes, sino abrazarlas, deleitarnos en ellas y procurarlas. Tampoco debería desanimarnos el hecho de que nuestras familias no vivan a la altura del ideal de Dios para la familia [Hay personas que realmente se amedrentan por ello; yo les diría: «¡Nombra un área donde sí vivas a la altura del ideal de Dios!»]. Somos completamente pecadores, por eso amamos el evangelio y nos apoyamos en él para cada área de la vida!].

En cambio, emocionate por los propósitos de Dios como la personificación de lo que conocemos, en el fondo, las necesidades de nuestras familias. ¡Deberíamos confiar a Dios la capacidad de redimir a nuestras familias y hacerlas retratos de verdades eternas!

2. La familia es central para la revelación de Dios de sí mismo, de su plan de salvación y de la iglesia.

A. La familia presenta un retrato de Dios mismo.

Volviendo a estas imágenes, estos retratos familiares, vemos primero que la familia nos provee un retrato de la relación Padre e Hijo dentro de la Trinidad. Por esa razón, Pablo podía escribir: «Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra» (Ef. 3:14-15). La relación entre el Padre celestial y el Hijo es la realidad final. La relación entre padres e hijos terrenales, es pequeña, y a veces distorsionada, con todo, representa significativamente esta realidad final.

Ahora bien, esto no es una analogía absoluta, la relación entre el Padre celestial y el Hijo es única. Por ejemplo, el Hijo fue engendrado eternamente, no creado en el tiempo, a diferencia de los hijos humanos.

Pero a pesar de todas las diferencias, la analogía divina dada permanece. En la Biblia, no podemos ignorar el hecho de que la relación «esencial» entre estos dos miembros de la Deidad es la de «Padre» e «Hijo» (W. Grudem, Teología Sistemática). Y así: Dios el Padre, dos veces desde el cielo, habló audiblemente y declaró a Jesús como su hijo amado (Mt. 3:17; 17:5).

Jesús, a la edad de 12 años, hizo referencia a la casa de su padre (Lucas 2:49). Más tarde, explicó a sus discípulos su relación con el Padre en términos de un hijo humano imitando a su papá, diciendo: «De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el hijo igualmente» (véase Juan 5:17, 19-20).

Los instó positivamente a reconocer esta relación: «Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí» (Juan 14:11). Los líderes judíos, por supuesto, estaban atónitos de que Jesús se refiriera a Dios como su propio Padre (Juan 5:18).

Pablo, en su primera serie de sermones luego de su conversión, predicaba «en las sinagogas, diciendo que éste □Cristo□ era el Hijo de Dios» (Hechos 9:20). Luego, se describía a sí mismo como apóstol «por Jesucristo y por Dios el Padre» (Gá. 1:1, 3; véase también 1 Ts. 1:1, 2 Ts. 1:1). Podrían darse muchos otros ejemplos.

Pero este es el punto: es difícil hablar de la Trinidad fielmente sin hablar de Dios el Padre y Dios el Hijo. Casi no hay otro lenguaje a ser usado. Es cierto, la Biblia se refiere a Jesús como la «Palabra» (que se hizo carne, y cuya gloria vimos, gloria como la del unigénito del Padre...), y como la «imagen» del Padre (Juan 1; Col. 1:15), sin embargo,

nota la persistencia de la palabra «Padre». Pablo en una ocasión describió al Padre como «cabeza de Cristo» (1 Co. 11:3). Pero cuando Jesús ordena a sus discípulos el bautismo de los nuevos creyentes, no les dice que bauticen en el nombre de la «Cabeza, el Cuerpo y el Espíritu Santo». En cambio, utiliza nombres familiares: «Padre» e «Hijo». Esta es, por mucho, la formulación favorecida por la Biblia.

De estos pasajes aprendemos una importante lección: Nuestro amor por, unidad con, y semejanza a nuestros hijos da testimonio de la mismísima naturaleza de Dios. ¡Qué privilegio tan inmenso es tener hijos! No es de extrañar que Dios nos haya ordenado que seamos fructíferos y nos multipliquemos.

Ahora, claro está, esto no quiere decir que aprendemos acerca de Dios principalmente al ser padres, más que eso, aprendemos acerca de la relación de Cristo y la iglesia principalmente al estar casados. La imagen divina está estampada en nuestras familias como una pista hacia el tesoro divino; no es el tesoro divino en sí.

Pero aún así, considera las enormes implicaciones para nuestra iglesia y nuestras familias al comprender que Dios pretende reflejar su imagen en parte a través de las relaciones entre padres e hijos:

- Nos impide ver a los hijos como obstáculos. Algunos de nosotros podemos sentir la tentación de pensar que tener hijos no es tan importante, y que incluso puede ser una limitante para la ambición piadosa y el servicio cristiano valioso. Pero si las relaciones entre padres e hijos son ordenadas y dan testimonio de la naturaleza de Dios, entonces no podríamos estar más lejos de la verdad. Los hijos no son obstáculos para el ministerio; su misma presencia es una clase de ministerio.
- Nos impide ver a los hijos como ídolos. Otros de nosotros sentimos la tentación de adorar a nuestros hijos. Padres y madres, o incluso solteros, que ponen a sus hijos en pedestales, necesitan recordar que Dios no impregnó a las familias con la imagen divina

para que podamos adorarlas, sino para que podamos adorarlo a Él. Por supuesto, ¡edifiquemos nuestros hogares como medios para glorificar a Dios!

- Nos impide ver a los hijos como herramientas. Otros alegan que los hijos y las familias son importantes porque son los componentes básicos de la sociedad y la iglesia. Quieren decir esto como un cumplido. Y es verdad, las familias, en cierto sentido, evitan que el mundo y la iglesia se separen. Pero eso no es todo. Las familias no son un simple pegamento social; son un reflejo real de nuestro Dios trino.
- Nos impide pasar por alto a los hijos. Sin un entendimiento teológico del rol de los hijos, muchos de nosotros simplemente los subestimamos. Si estamos solteros, los vemos como la responsabilidad de alguien más o como irrelevantes para nuestra vida como cristianos y para nuestra vida como congregación. Si somos padres, podemos verlos como poco más que simples objetos de evangelismo.

¿Por qué es tan fácil para nosotros desarrollar una visión distorsionada de los hijos, o pasarlos por alto? Probablemente sea en gran medida porque simplemente fallamos en ver a los hijos y a las familias en su correcta luz bíblica. Pero como ya hemos visto, ese no debe ser el caso, dado a todo lo que la Biblia tiene para decir.

B. La familia nos presenta un retrato del evangelio.

La familia también provee una imagen personal profunda de nuestra salvación. En la salvación, Dios nos adopta. Nos convierte en sus hijos e hijas.

Dios se refirió a Israel como su primogénito (Ex. 4:22-23), y el pueblo de Israel cantó de la compasión del Padre celestial (Sal. 103:13). Pero Israel como «hijo» simplemente apuntaba a Cristo, el verdadero Hijo. La buena noticia es que Cristo vino para efectuar nuestra adopción y hacernos sus coherederos.

Gálatas 4:4-7 dice: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo».

¡El Hijo perfecto no se avergonzó de llamarnos hermanos (He. 2:11)!

Así, enseñó a sus discípulos a orar: «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mt. 6:9) y les recordó que no debían afanarse por qué habrían de comer y vestir porque «vuestro Padre celestial sabe que tenías necesidad de todas estas cosas» (Mt. 6:32). También les prometió que su Padre no los dejaría huérfanos (Juan 14:18, 23).

En respuesta a estas buenas noticias, el apóstol Juan no pudo evitar estallar en asombro: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3:1).

Y nosotros deberíamos compartir el asombro y la emoción de Juan. Las relaciones entre padres e hijos no son un accidente o una parte pequeña del plan de Dios; están diseñadas para enseñarnos por analogía acerca de nuestra preciosa relación con Dios, nuestro verdadero Padre, en Cristo. J.I. Packer explica esto más fuertemente:

«Si quieres juzgar qué tan bien entiende el cristianismo una persona, averigua cuánta importancia le da al hecho de ser hijo de Dios, y tener a Dios como Padre. Si este no es el pensamiento que impulsa y controla su adoración, oración y todo el panorama de la vida, quiere decir que no entiende el cristianismo en lo absoluto. Porque todo lo que Cristo enseñó, todo lo que hace que el Nuevo Testamento sea nuevo y mejor que al Antiguo, todo lo que es distintivamente cristiano en oposición a lo meramente judío, se resume en el conocimiento de la Paternidad de Dios. «Padre» es el nombre cristiano de Dios» (Hacia el conocimiento del Dios Santo).

Wayne Grudem escribe similarmente: «Esta relación con Dios como nuestro Padre es la base de muchas otras bendiciones de la vida cristiana, y se convierte en la principal manera en la que nos relacionamos con Dios» (Teología Sistemática).

Considera, después de todo, con cuánta frecuencia la Escritura señala esta analogía para ayudarnos a comprender las circunstancias en las que nos encontramos. Cuando llegan las pruebas, por ejemplo, el autor de Hebreos nos dice que no olvidemos: «la exhortación que como a hijos se dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo». El autor continúa, dándonos más información acerca de las formas tiernas y paternales de Dios para con nosotros:

«Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados» (He. 12:5-11).

Y Dios nos concede parte en la herencia del Hijo. «Con gozo dando gracias al Padre», Pablo escribe: «que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz» (Col. 1:12; véase también 1 P. 1:4).

Aquí nuevamente, esta verdad tiene aplicaciones prácticas.

- Podemos «aprender de Dios, el Padre, cómo es realmente la paternidad» (Ware, Father, Son & Holy Spirit) □ Padre, Hijo y Espíritu Santo □. Por ejemplo, Dios actúa como nuestro padre «al ser dadivoso, generoso, incluso extravagante en su cuidado, amor, provisión y protección» (Ibid). ¿No deberíamos nosotros como padres hacer lo mismo?

[Algunos de mis tiempos favoritos con mis hijos son cuando ellos simplemente se abren y hablan libremente acerca de sus alegrías o gustos, o, a veces, de alguna idea, preocupación o miedo que tengan. A veces los problemas son pequeños e infantiles; a veces se involucran más profundamente en algo espiritual. Pero de cualquier manera, me esfuerzo por escucharlos. Cuán precioso es tener esa confianza de tu hijo. Mi oración es que, mientras los años pasen, aprendan lo más mínimo posible de lo que significa tener un Padre celestial que los ama individualmente, que conoce sus «trajines» y «descansos», y que está familiarizado con todos sus caminos (Sal. 139:3)].

- Al mismo tiempo, deberíamos recordar que el Padre «insiste en nuestro respeto y obediencia» (Ibid). Él no está satisfecho con nuestro estado actual, en cambio, trabaja activamente para conformarnos a la imagen de su Hijo (Ro. 8:29). El propósito de Dios es que, al igual que Jesús, le imitemos: «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados...» (Ef. 5:1). Con este recordatorio, Dios nos llama a instruir y disciplinar a nuestros hijos. Debemos instarles a conformar vidas justas y sabias (¡recuerda Proverbios!).

- Pero en esto, debemos ser pacientes, como Dios es paciente: «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen» (Sal. 103:13). Y él feliz y generosamente —increíblemente— da su Espíritu a los que se lo piden: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?» (Lc. 11:13).

¡Oh, las bendiciones de la adopción! Y el amor que tenemos por nuestros hijos, los privilegios que ellos tienen como nuestros hijos, el cuidado que les mostramos, es una imagen maravillosa (borrosa, pero maravillosa) de lo que tenemos en Cristo a través del

evangelio. Qué increíble que Dios pretenda capacitarnos como sus hijos, que Jesús pueda, de una manera muy real, ser nuestro hermano mayor. Alabémosle porque a través de nuestras familias podemos ver cuán profundo es su plan de salvación.

C. La familia presenta un retrato de la iglesia.

Finalmente, la familia presenta un retrato de la iglesia igual de impresionante. Pedro llama a la iglesia «la familia de Dios» (1 Pedro 4:17). Pablo llama a la iglesia «la casa de Dios» (1 Ti. 3:15).

¿Cómo es que pertenecemos a la misma casa? Porque estar unidos a Cristo (Efesios 2:1-10) significa que hemos sido unidos los unos a los otros (Ef. 2:11-20), como ya hemos visto, como hermanos y hermanas adoptados.

Algunas de las aplicaciones para nosotros en la iglesia son inmediatas. Pablo nos dice que los hombres con hijos deben probarse capaces de manejar sus propios hogares antes de que puedan ser ancianos en la iglesia (1 Ti. 3:4-5). Es natural que él le diga a los pastores, como Timoteo: «No reprendáis al anciano, sino exhortale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza» (1 Ti. 5:1-2).

Asimismo, Pablo dice a todos los cristianos que amemos a los miembros de nuestra iglesia como a hermanos. Por lo general, él se refiere a los miembros de las iglesias bajo su cuidado como «hermanos» (Ro. 15:30, 2 Co. 13:11, Gá. 5:13, Ef. 6:23, Fil. 4:1, 1 Ts. 1:4). (Aquí la palabra «hermanos» incluye tanto a hombres como a mujeres). También escribe a los tesalonicenses: «Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros; y también lo hacéis así con todos los hermanos que están por toda Macedonia. Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más» (1 Ts. 4:9-10). Y Pablo ordena a los romanos: «Amaos los unos a los otros con amor fraternal» (Ro. 12:10).

Pedro también escribe: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro» (1 P. 1:22).

Wayne Grudem expresa lo siguiente: «La designación ‘hermano’ es tan común en las epístolas que parece ser la manera predominante en que los autores del Nuevo Testamento se refieren a los otros cristianos a quienes escriben. Esto indica que tenían una fuerte conciencia de la naturaleza de la iglesia como la familia de Dios» (Teología Sistemática).

Dios ordenó que las familias fuesen ubicuas para que podamos entender cómo amarnos unos a otros como hermanos en la iglesia. Al mismo tiempo, todos los pasajes en el Nuevo Testamento que mencionan la frase «unos a otros» que se aplican directamente a la iglesia deberían enseñarnos algo acerca de la clase de relaciones que debemos cultivar entre nuestros hijos, para que ellos puedan entender mejor la clase de relación que Dios quiere ver entre su pueblo.

□ Por tanto, padres, anímense por el trabajo que se está llevando a cabo en sus hogares, están capacitando, por la gracia de Dios, discípulos y miembros de la iglesia. Y están estableciendo un ejemplo en sus hogares de cómo los miembros de la iglesia deben relacionarse□.

A diferencia de nuestras familias terrenales, nuestra familia celestial no acabará en el cielo. Aunque el matrimonio pasará, nosotros seremos la novia de Cristo eternamente (Ap. 22), e hijos en la casa de nuestro Padre. Jesús dijo: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:2-3).

### 3. Conclusión

¿Estás empezando a ver cómo la familia es sabiduría preciosa, extrañamente escondida como un tesoro a simple vista? ¿Ves por qué Satanás querría atacarla? ¿Ves por qué llamamos a este seminario «Paternidad», y por qué es valioso sea que tengas hijos o no?

Dios de manera evidente dio su primer mandato a los humanos: «Fructificad y multiplicaos», porque las familias son una parte central de su plan para comunicar cómo es él, cómo planea relacionarse con nosotros y cómo nosotros debemos relacionarnos mutuamente.

Por tanto, no queremos una visión reducida de las familias, no son alguna carga o limitante para algún «mejor» trabajo que podrías estar alcanzando. ¡Son una obra fundamental y central! En verdad son los componentes básicos de la sociedad, pero no las vemos como componentes básicos utilitarios, son ventanas maravillosas al carácter y la obra de Dios. Al mismo tiempo, nuestras familias no son Dios, DIOS es Dios, así que debemos tener cuidado de no convertirlas en ídolos, en cambio, ellas deben apuntar a nuestro único y verdadero Dios. Y, por supuesto, tampoco son simples adjuntos para ser pasadas por alto, incluso si actualmente no has tenido la bendición de tener hijos.

No depreciamos, idealizamos, adoramos o subestimamos a las familias. Al contrario, deberíamos edificarlas, atesorarlas y cuidarlas.

La próxima semana, consideraremos cómo estas grandes verdades tienen grandes implicaciones para nuestra iglesia y para nuestro evangelismo.

Primera edición en español: 2019

Copyright © 2019 por 9Marks para esta versión española

